

BRÄKER, Ulrich: *Historia de la vida y de las aventuras verdaderas del hombre pobre de Toggenburgo*. Ed. y trad. de Arturo Parada. Madrid: Cátedra 2013. 350 pp.

Solo una colección exquisita y erudita como la de “Letras Universales” de la editorial Cátedra podía darse el lujo de reparar –y con cuantiosas notas e ilustraciones– en el bueno de Ulrich Bräker (1735-1798), ese campesino pobre e inculto que a fuerza de esas “manías” de moda en su momento y que acabaron siendo patologizadas como *Schreibsucht* y *Lese-sucht* (“leer y escribir me resulta ahora más que nunca una necesidad obligada”, confiesa el autor en el Apéndice; p. 332), llegó a alcanzar una cierta gloria literaria a comienzos del siglo XIX, en parte como modelo representativo de ascenso social (al gusto ilustrado), en parte como portavoz de una subjetividad auténtica e impoluta (al gusto romántico). Pues lo que la crítica especializada ha denominado el “milagro Bräker” no es sino un caso más de esa feliz conjunción de una personalidad singular, idóneamente dotada para expresarse, y un producto que permite ser leído como testimonio y documento de sus peculiares circunstancias, a saber: en términos culturales, la transición de la *Spätaufklärung* al Romanticismo, y en términos políticos, ni más ni menos que la época napoleónica (era de turbulencias europeas por antonomasia). El recuento que este humilde ciudadano de un cantón suizo hace de su transida existencia, así, adquiere un valor simbólico que excede lo puramente formal, al punto de que obliga a preguntarse, una vez más, si la continuidad de un cierto texto acaso podría explicarse por el cumplimiento de un solo polo en la recepción, el conocimiento o el entretenimiento, y si no será siempre preciso que concurren lo verídico (testimonial) y lo verosímil (ficcional) para alargar la vida útil –por así decirlo– de una obra tan *sui generis* como ésta. Como sea, parece acertado que esta osada empresa editorial eligiera la autobiografía del autor y no sus copiosos diarios, donde el claro predominio de lo informativo conspira contra una mínima fluidez de lectura, requisito indispensable para abrir el juego al gran público hispanoparlante.

Pietista fiel, además de voraz consumidor de literatura, el propio Bräker sabía el estatuto dual de su texto cuando al darlo a la imprenta, en 1788, remata su prólogo con el precepto bíblico de “examinad todo esto y quedaos con lo bueno” (1 Tesalonicenses). Tanto como lo sabía su promotor y primer editor, el párroco Imhof, cuyas palabras de presentación a los primeros extractos publicados (antes de que todo el escrito llegara a la forma de libro) les ganaron una inmediata atención local. Allí se definía al autor como “un buen hijo de la naturaleza, que, aunque sin acceso alguno a todo lo que significa Ilustración, ha sabido alzarse única y exclusivamente por sus propias fuerzas a un grado considerable de la misma” (p. 63), haciendo de la miscelánea autobiográfica de Bräker una verdadera *vita* cristiana, llena de una cualidad ejemplar. La fortuna de la obra estaba asegurada, y no sorprende que poco después el editor Füssli sacara a la luz el texto completo (y por cierto, sustancialmente mejorado). Luego, los rescates que de ella han hecho figuras como Hugo von Hofmannsthal, Walter Benjamin o Hans Mayer prolongaron su fama, y aunque ésta pueda haber oscilado, como bien lo describe el prólogo de Arturo Parada, el dedicado y consecuente responsable de esta edición española, su sitio hoy está bastante consolidado, siquiera en calidad de *rara avis*. Es cierto que pensarla como atisbo de una tradición aún en ciernes, la del *Bildungsroman* (las comparaciones con el *Anton Reiser* y el *Wilhelm Meister* son recurrentes), la perjudica más

de lo que la ayuda, pero al menos esos forzamientos teórico-críticos sirven para mantenerla viva; por lo demás, no sería raro que muchos lectores de habla hispana establezcan la filiación de este texto con una forma cara a nuestra lengua: la picaresca. Sobre lo que el propio autor pensaba acerca del género de su escrito, por otro lado, nos informa en especial el capítulo 78, donde, con su típico humor, bromea acerca de la autobiografía de Jung-Stilling y las *Confesiones* de Rousseau.

El falso idilio de la vida alpina y los oprobios de la supuestamente aventurera vida militar son algunos de los instructivos desengaños que aportan estas páginas espontáneas, redactadas con el desenfado propio de quien empezara ganándose penosamente el pan gracias al salitre o a las cabras para así formar y alimentar a toda una familia propia, al cabo de muchos años y tormentos se dio el lujo de desembarcar –cual buen diletante– en el mundo de la cultura y las letras, hasta constituirse en un escritor hecho y derecho (autor de prosa, de lírica y hasta de dramaturgia), cuya “carrera” vemos iniciarse por azar (cap. 71). En palabras del propio Bräker, “la única inquietud que de vez en cuando me embargaba era esta: que de sentirme tanto a mis anchas no pudiera llegar a olvidarme de mi Dios” (p. 172). Pero sabemos que esto se aplicó solo en sus años de formación: en su madurez ciertamente parecía preocuparle casi tanto su éxito literario como la salvación de su alma. Y por eso en su prólogo puede decir, con una culposidad típica de su secta religiosa, pero con un humor excepcional (y que desmiente también al estereotipo del helvético ceñudo y taciturno): “Quiero reparar los días que he vivido y recoger en este relato lo más llamativo. ¿Es soberbia, jactancia? ¡Por supuesto!” (p. 69).

Marcelo G. BURELLO

DODERER, Heimito von: *Un asesinato que todos cometemos*. Trad. de Adan Kovacsics. Barcelona: Acantilado 2011. 441 pp.

Cuando emprendió la redacción de esta colosal novela, el austriaco Franz Carl Heimito Ritter von Doderer (1896-1966) aún no era el escritor de nombre exótico y venerable que sería al final de sus días, con una reputación establecida y dedicado puramente a la profesión literaria. Por ende, sus proyectos tenían que ser bien sopesados tanto por sus contenidos como por sus logros virtuales, ya que su aventura política (en 1933 se había afiliado al Nacionalsocialismo, acaso para beneficiarse del mercado editorial germánico) no le redituaba gran cosa y lo exponía a ciertas forzosas exigencias artísticas, aun cuando hasta se había instalado en suelo alemán (más exactamente en la fatídica Dachau) y siempre podía mostrar su carnet de miembro del Partido. Sin embargo, aunque en Europa las sombras crecían y los rumores aumentaban, un novelista *mitteleuropäisch* (centroeuropeo) todavía podía darse el lujo de acometer un proyecto a gran escala sin otro propósito que el de ofrecer alta literatura y de largo aliento, con independencia de las modas y del contexto. Y hay que decir que lo logró: *Ein Mord, den jeder begeht*, publicada en 1938, puede considerarse, sin vueltas, una de las mejores obras de Doderer, en tanto densa condensación de sus temas y muestra cabal de su estilo, de gran poder visual y buena penetración psicológica (en especial aquí, cuando el autor estaba fuertemente interesado en las peculiares teorías de Hermann Swodoba). Es evidente que con estas numerosas páginas ya se estaba gestando *Die Dämonen*, ese *opus magnum* que daba vueltas por su escritorio desde comienzos de esa década y que no le granjearía fama eterna hasta 1956, tras penosas operaciones de reivindicación ante la opinión pública.

Reconozcámoslo: el título atractivo y malicioso parece chocar, en principio, con lo que la obra ofrece en su desnuda exterioridad. El comienzo no podría ser más estereotipado, de